

EL ISLEÑO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la imprenta de G. Labat.—Mauón.—D. Matías Mascaro.—Iyiza.—D. Joaquín Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En la imprenta de G. Labat.—Mauón.—D. Matías Mascaro.—Iyiza.—D. Joaquín Cirer.

SECCION DE NOTICIAS DE MADRID.

Día 26.

El Constitucional de Cádiz ha publicado el siguiente curioso artículo:
Las reinas de las flores.—P. R. es una bonita villa situada a dos leguas de una capital de provincia.

Durante la estación de las flores se reúnen en P. R. multitud de familias de la clase acomodada de los pueblos cercanos.

El primer domingo de mayo se celebra en P. R. una fiesta campestre, a la que concurren todos los jóvenes de ambos sexos que se encuentran en el pueblo.

Esta fiesta tiene por objeto elegir entre las jóvenes forasteras las dos más hermosas, a quienes se corona con fragantes guirnalas de rosas y se las aclama *Reina de las flores*.

Yo este año me encontraba en P. R. el primer domingo de mayo.

El pueblo presentaba un pintoresco y risueño aspecto. En la plaza pública se habían levantado cuatro arcos triunfales, y todas las casas ostentaban vistosas banderas colocadas en largas astas. En dos de los frentes de la plaza se habían levantado dos tronos de flores.

Al romper el alba empezaron a llegar los concurrentes reunidos en graciosos grupos.

Las jóvenes vestían de blanco. Sus adornos consistían en una flor en la cabeza y un cinturón de un color vivo. Los jóvenes vestían pantalón y chaqueta de color claro, hongo gris y zapato gamuza.

Así que estuvieron reunidos todos los convidados las jóvenes se colocaron en una grada que se había levantado en uno de los frentes de la plaza. Los jóvenes se dividieron en dos bandos, colocándose los del uno una cinta roja en el brazo izquierdo, y los del otro una cinta azul en el mismo brazo.

El bando rojo aclamó por su reina a la encantadora Victorina.

El bando azul aclamó por la suya a la hechicera Leocadia.

Las dos reinas eran dos portentos de hermosura.

Sedosos y negros cabellos coronaban la frente de Victorina. Brillantes ojos negros iluminaban su semblante. Rosadas y frescas mejillas retrataban su pudor y su belleza. Coralinos labios, nevados dientes nacarada garganta é innumerables gracias, constituían el resto de sus encantos.

Rizadas obras de oro caían, ondulantes sobre la blanca frente de Leocadia é iluminaban su semblante límpidos ojos de color de cielo. Frescas y rosadas mejillas, carminados labios, nevada garganta y esbeltas formas, constituían el resto de sus hechizos.

Las dos reinas fueron conducidas a sus floridos tronos y victoreadas por los caballeros de su bando.

Las jóvenes se dividieron también en dos partidos colocándose en la cabeza del bando rojo una flor de granado, y un lirio las del bando azul. Cada bando rodeó a su reina coronando a la reina roja con una guirnalda de rosas encarnadas, y a la reina azul con una guirnalda de lirios y rosas blancas.

La orquesta, compuesta de tamboriles, panderos, pifos y gaitas, preludió un alegre vals. Los del bando rojo se colocaron ante su reina, y los del bando azul ante la suya.

Cada reina arrojó una flor de su corona a uno de los caballeros de su bando, en señal de ser elegido por su compañero de baile.

Terminado el vals, fueron conducidas las reinas a dos ligeras carrozas que les estaban preparadas. Las demás jóvenes ocuparon varias carretelas lujosamente adornadas, y los caballeros montaron briosos alazanes. En forma procesional recorrieron todos el pueblo,

dirigiéndose después a una hacienda de campo, donde debía festejarse a las reinas durante tres días.

También debía disputarse el mérito de las dos reinas en tres honrosas competencias.

El primer día debía decidir el triunfo de una de las dos reinas, el caballero de su bando que ganase en la carrera a otro del bando opuesto.

Fijóse la distancia, colocóse a cada caballo un penacho de su respectivo color, y dada la señal rompió la carrera.

El caballero rojo fué el primero que llegó al sitio señalado, quedando humillado este día el pabellón.

El segundo día debía decidir el triunfo la barquilla que llegase la primera a un marcado punto.

Designóse también la distancia, y desde la señal partieron rápidas como el pensamiento, dos ligeras barcas en cuyas popas fluctuaban respectivamente el pabellón rojo y el pabellón azul.

El pabellón rojo fué humillado este día por el pabellón azul.

El último día debían decidir el triunfo dos valientes gallos, criados de antemano para este efecto.

Si vencía el pabellón rojo, la reina de este bando debía volver triunfante al pueblo P.; si ganaba el pabellón azul, a este correspondía entonces el honor del triunfo.

Llegó la hora y se empuñó una reñida lucha de gallos.

Más de una vez estuvo dudoso el éxito de la victoria; pero de repente el gallo que ostentaba en su cuello el lazo rojo, se arrojó iracundo sobre su antagonista, dejándole muerto en el acto.

El bando rojo fué victoreado por el bando azul, y conducida triunfalmente su reina al pueblo de P. R.

De La Corona.

LAS SIMPATIAS DE BUENOS-AIRES.

POR LA ESPAÑA.

En varios artículos míos que la prensa española ha tenido la fineza de producir, he hablado sobre las simpatías que ha inspirado al pueblo de Buenos-Aires la noble causa defendida con tanta abnegación como heroica valentía por las tropas españolas, en las quemadas regiones de África.

Como prueba de esta aseveración, ruego a los señores directores de *La Corona*, tengan la complacencia de reproducir, en sus columnas, las siguientes palabras, que, a propósito de la toma de Tetuan, encuentro en *La Tribuna*, periódico que se publica en Buenos-Aires, y del cual soy uno de sus propietarios y redactores hace siete años.

Dicen así:

CAIDA DE TETUAN.

«La población española está de parabienes, y un himno de alegría responde desde las playas americanas al cántico entusiasta con que la España ha saludado los triunfos de sus guerreros en África.»

Triunfos de la civilización, que serán muy luego de la humanidad, del cristianismo.

Esa alegría tiene la simpatía de los nobles corazones, de los que comprenden el interés profundo que despiertan las glorias de la patria tanto más vivo cuanto que la distancia rodea los hechos de incertidumbres penosísimas para los hijos ausentes, privados de la satisfacción de concurrir también al éxito feliz de la contienda.

La noticia de la caída de Tetuan, y de los triunfos sucesivos de las armas españolas en Marruecos, era ya esperada por anticipación favorable, y era la principal de ellas, el entusiasmo; el moxil generoso que llevaba a

esa cruzada a los soldados que tan ardorosamente la emprendieron. Pero la certidumbre adquirida ayer, les digna de producir la sensación que ha causado en la población española de esta ciudad, y a sus felicitaciones nos unimos cordialmente.

Esos combates que las presentes generaciones están presenciando, esos triunfos a que asisten son algo más que la vindicación del honor castellano vilipendiado; son en lo futuro bondades transformaciones que contribuirán al progreso de la humanidad, nuevos horizontes abiertos a la civilización del siglo XIX, nuevas conquistas que concurrirán a que deje luminosas huellas de su paraje. Y para la historia de la España moderna, será esta cruzada de una página gloriosa.

Hay, pues, doble motivo para acoger con júbilo la noticia de la caída de Tetuan, y derrota de las huestes moriscas.

Los numerosos y equívocos españoles a quienes he tenido la fortuna de conocer y tratar durante mi corta permanencia en España, pueden creer en la sinceridad de esas palabras.

Hace largos años ya, que nuestra simpatía hacia la madre patria, aumenta de día en día por el contacto amistoso en que vivimos con los españoles que allí van, sin cesar, en busca de posición y de fortuna, se estrecha de una manera, que no puede menos que ser el nuncio feliz de un porvenir venturoso para ambos países.

Quiera el cielo que así sea y que el ilustrado gobierno de España comprenda la necesidad y conveniencia de acercar uno y otro país, por medio de tratados y estipulaciones basadas en una conveniencia recíproca.—Héctor F. Varela.

En un artículo publicado por *La Epoca* se da el siguiente consejo al general O'Donnell:

«Vuelva los ojos el general O'Donnell a las ciencias y a las artes españolas, y encontrará en ellas muchos kábilas que combatir, aun con grande gloria para la patria: verá dominando todavía añejos sistemas que varios cáctiques interesados sostienen con tenaz empeño y beneficio suyo, pero con grande mal para el verdadero progreso de la nación; tómese el trabajo de averiguar en que consiste que nuestra ciencia está tan oscurecida, que nuestra agricultura aguarda un nuevo Colón que la saque del Océano de espeditos y legislación empírica que la abruma, por que nuestros mejores poetas están en los ministerios ó en el taller que conduce a ellos, y averiguando esto y algunas cosas más que irán saliendo envueltas en estas incógnitas, se convencerá el ilustre duque de que le espera aun mas gloria, si cabe, protegiendo y creando en el país buenos soldados de paz que llenen el grande hueco abierto a la riqueza futura por sus brillantes soldados de la guerra en la regeneración de España, que los inmarcesibles laureles con que Europa entera ha premiado sus altos merecimientos en la campaña de África.»

«Ni las armas, ni la política, estas dos hijas mimadas por la fortuna, son medios permanentes de progreso: las conquistas de César han pasado, las de Newton vivirán eternamente.»

Seccion extranjera.

Leamos en un periódico de París:

ENFERMEDAD TERRIBLE

Un mal terrible, que parece salido del infierno, diezma a la raza humana y amenaza depoblar las naciones. Treinta siglos ha que

los gritos de dolor de sus víctimas se hacen oír de un extremo a otro de la tierra. Niaguna luz de la vida escapa a sus ataques mortales, ni ninguna constitucion por privilegiada que sea, se liberta de su furor. Comúnchica frecuencia el hombre se ve asaltado en todo el vigor de su edad, y la mujer en medio de todas sus gracias y esplendor de la suya. Hasta hoy no habia habido medio alguno para defenderse contra este implacable azote que desafiaba todos los esfuerzos de la ciencia, y parecia burlarse de una resistencia siempre imponente. En esta lúgubre descripción todo el mundo ha reconocido la tisis pulmonar.

Pero apartemos la vista del cuadro aterrador de nuestras miserias pasadas! Apresuremonos mas bien a utilizarlos del socorro inesperado que la ciencia nos proporciona. Reputada ayer fatalmente incurable la tisis pulmonar, no lo es ya hoy; la terrible enfermedad ha dejado de ser una sentencia de muerte sin apelacion. Pero apartemos la vista del cuadro aterrador de nuestras miserias pasadas! Apresuremonos mas bien a utilizarlos del socorro inesperado que la ciencia nos proporciona. Reputada ayer fatalmente incurable la tisis pulmonar, no lo es ya hoy; la terrible enfermedad ha dejado de ser una sentencia de muerte sin apelacion.

Esos raros ejemplos que nos ofrece la naturaleza eran especialmente propios para prevenir el desconsolador fatalismo de los medios y provocar nuevas é incesantes pesquisas sobre el tratamiento de la tisis pulmonar. Recordaban tambien muy oportunamente que en materia de enfermedades y de remedios es siempre prudente sustituir a la palabra imposible la palabra ignorada. Al menos ahora es cierto que la tisis pulmonar no es absolutamente, esencialmente incurable, puesto que la naturaleza, entregada a si misma, puede algunas veces triunfar de ella. ¿Por que, pues, estaria prohibido al arte el imitar a la naturaleza? La curacion natural y espontanea de la tisis pulmonar es un hecho positivo para la ciencia. Su curacion artificial es pues otro hecho no imposible de lograr.

Hé aquí el sencillísimo razonamiento que ha servido de brújula a uno de nuestros sabios contemporáneos y que le ha inspirado una prudente audacia en las indagaciones y trabajos que han venido a coronar el éxito. Gracias a él, la muerte ha dado un paso atras para retroceder ante la ciencia progresiva de nuestros días. Una voz consoladora se ha dejado oír en el abismo del dolor; los infortunados tísicos no quedan despojados del derecho de toda esperanza, pues saben que la ciencia contemporánea puede, en cierto modo, triunfar del destino y dejar burlado su fallo.

Se nos dirá tal vez que nos dejamos llevar de ilusiones quiméricas; pero esperamos que se nos creará cuando se sepa que no hacemos mas que reproducir cosas que han hecho un gran ruido en el seno de las dos Sociedades medicas mas celebres de Europa: la Academia imperial de Medicina de París y la Academia real de Medicina de Bruselas. Estas dos ilustradas corporaciones han visto tísicos salvados por el arte y han atestiguado que su curacion era radical y definitiva. El principio de la curabilidad de la tisis pulmonar ha sido sancionado por ellas, y el autor de esta magnífica conquista medica ha recibido sus felicitaciones y sus sufragios.

En todos los tiempos se han visto, sin poderlo comprender, tísicos a quienes la ciencia habia mandado volver de repente la espalda en el camino de la muerte y resituirse a la vida en el momento mismo en que parecían tocar a la tumba. Semejantes curaciones, que parecían traspasar los limites de lo posible, causaron siempre en los médicos el efecto de prodigios sobrenaturales; pero felizmente la ciencia moderna nos ha demostrado que esos pretendidos prodigios eran efectos enteramente naturales. La ciencia ha hecho mas; pues hasta nos ha explicado de una manera clara su admirable mecanismo.

¿A quien debemos esa inapreciable servicio que debe arrancar a tantos desgraciados a

